



NÚMERO SUELTO, 15 CÉNTIMOS

LA CARICATURA

Deseando deyorarla, se abalanzan hacia la monarquía los señores Zorrilla, Pi y Salmerón.

Una vez cerca, se paran, para evitar cada uno que los otros dos saquen mayor tajada, y se quedan contemplándose.

Pasa el tiempo y continúan lo mismo. Cuando Zorrilla va á dar el avance, Salmerón y Pi le enseñan los dientes. Va á adelantarse Pi, y entonces los otros dos se oponen. Y así sucesivamente.

Cansados de no hacer nada, sino estorbarse, se echan cerca de la monarquía, aguardando cada uno á que los otros dos se cansen ó desaparezcan.

Mas si continúan así por mucho tiempo, van á acabar del modo que expresa la última lámina.

... Habrá republicano, por muy partidario que sea de cualquiera de esos señores, que se atreva á negar que tal ha sido y es su conducta, y que mientras no sigan otra, la República es imposible en España?

Cuando uno hace una afirmación, los otros la contradicen. Se unen á veces, pero es para guardar la actitud que en la caricatura de hoy se les señala. Cuando parece que se abrazan, se muerden.

Y así, no sólo impiden que venga la República, sino que dan pretexto y ocasión á los monárquicos para que se burlen de nosotros.

UN DOCUMENTO MAS

Retiré del número anterior lo que tenía compuesto acerca de la carta-manifiesto del Sr. Zorrilla, en vista de que lo habían denunciado; pero como todos siguen ocupándose de él, y ha adquirido cierta importancia, no por lo que dice, sino por lo que ha hecho decir á los demás, allá voy yo.

Es un documento que nada nuevo se trae, pero que acentúa la nota reaccionaria.

Cree el Sr. Zorrilla próxima la caída de la monarquía. Ojalá acierte; pero como la viene anunciando hace diecinueve años!... Es verdad que dice que se hundirá bajo el peso de sus desaciertos y de sus errores, lo cual parece excluir la idea de que la tiraremos.

Recuerda que el partido progresista es liberal y democrático, á la vez que gubernamental; ni más ni menos que dijo siempre Castelar del posibilista.

Habla de economía en los servicios cuando gobierna, y de moralidad severa; frase usada por todos los confeccionadores de manifiestos.

A los obreros les ofrece libertad completa y todos los derechos políticos, es decir, lo que hoy tienen, y además las reformas que no lastimen intereses dignos de respeto, es decir, ningunas.

A los anarquistas les ofrece palos si llevan á la práctica sus teorías como el quiere llevar las suyas, cosa que ya hacen Cánovas, Sagasta, el emperador Guillermo y el czar de Rusia.

La dedada de miel al ejército no estaría mal, si éste no supiera que todo lo que quiera ser debe ganárselo por sus puños.

El párrafo que dedica á la Iglesia es sustancioso... para los curas; podría firmarlo Pidal. Para que no se crea que exagero, allá va íntegro:

«De la Iglesia nada tenemos que decir. Con un Pontífice como León XIII, con un episcopado tan ilustre como anticarlista como el nuestro, y con un clero que es tan sufrido como dócil á las inspiraciones de los encar-

gados de dirigirle, no es de temer que se reproduzcan pasadas intransigencias que á nadie conviene recordar.

¡Obispado anticarlista!... ¡clero sufrido y dócil!... Esto es hermoso, pero ¡ay! falso. El clero se irá á las montañas del Norte á combatir la República, y mientras con más mimo se le trate, más pronto.

«En una palabra (dice el Sr. Zorrilla), nosotros (los progresistas) hemos de ser los defensores de todo interés legítimo, los enemigos de todo privilegio.» Esto también lo dicen todos los especialistas en manifiestos, pero esto no es decir nada: ¿dónde acaba el interés legítimo y empieza el privilegio? Esta es la cuestión.

«Pero ante todo (continúa) es preciso derribar lo existente, y esto no se puede hacer sino por medio de la fuerza.» Mi gozo en un pozo. ¿Pues no habíamos quedado en que lo existente se hundiría bajo el peso de sus desaciertos y de sus errores?

Con esto y con decir que se formará el día del triunfo un gobierno provisional como en 1868 para convocar una Asamblea Constituyente que redacte una Constitución, y que el partido progresista aceptará y defenderá la coalición existente mientras dure, termina el manifiesto.

En suma, un documento más, y una esperanza menos de que aparezca el hombre de altos ideales, y grandes audacias que necesita la República. Esto desconsuela.

INTERVIEW

Ha hecho tanto frío estos días, que no me he atrevido á salir de casa para pedir á ninguna lumbrera del partido su opinión acerca del manifiesto del señor Zorrilla.

Hoy he resuelto celebrar una *interview* con uno de los hombres más conspicuos (creo que se dice así) del republicanismo español: el, (voy á volcar aquí la espuesta de los adjetivos de *interview*), el sabio, integerrimo, honrado, ilustre, honra de la ciencia, prez de la filosofía... en fin, yo.

Después de obtener la correspondiente venia, me presenté ante mí mismo con el respeto y el cariño que siempre me he profesado.

La habitación en que me recibí yo á mí, estaba llena de papeles y periódicos en deliciosa confusión, unos sobre una mesa, otros sobre un sofá y otros sobre el mármol de la chimenea que de vez en cuando se enciende para reanimar los nobles y ateridos miembros de mi egregia (se me olvidó antes incluir este adjetivo y aquí lo cuelo) persona; confusión que indica que las ideas de orden no han logrado traspasar nunca el dintel de la habitación en que escribo.

La reposada y seria actitud de mi semblante, la expresión proverbial de mis ojos, lo encrespado de mi barba, mas crecida que de costumbre, me daban un aspecto extraño.

Recíbime con esa sonrisa que forma el encanto de cuantos me conocen, y sin alargarme un cigarro, porque no fumo, me dije cortemente:

—Estoy á sus órdenes, señor Nakens. ¿En qué puedo complacerle?

Sentíme subyugado ante aquella muestra inequívoca de afecto, y me respondí, sin poder ocultar la dulce emoción que me embargaba:

—Venia... á que usted se dignase... darme... su autorizada opinión... sobre la última carta-manifiesto del Sr. Zorrilla.

—Con mucho gusto —me respondí, tirándome con la mano izquierda de la guía del bigote del mismo lado, deplorable costumbre que acabará por dejarme sin un pelo.—El manifiesto del Sr. Zorrilla demuestra, más por lo que calla que por lo que dice, que aspira á una República más reaccionaria que la monarquía lo es actualmente, que no dará solución alguna á la cuestión económica, que es hoy la madre del cordero, y que se limitará casi exclusivamente á variar la denominación del jefe del Estado.

—¿Y cree usted que ejercerá alguna influencia en la marcha de las fracciones republicanas? —me pregunté tímidamente, por si era arriesgada la pregunta.

—La que ya ha ejercido—me contesté dando á mi semblante una expresión entre irónica y triste:—demostrar que el partido republicano es hoy una grillería donde ninguno se entiende; donde cada personaje es un doctor Garrido que posee la panacea universal; donde no van quedando más que fórmulas y aforismos, en lugar de iniciativas y actos; donde al menor pretexto salen á la superficie los odios ocultos, aun cuando por pudor se cubran todavía con la máscara de los principios; donde todos sabemos á qué atenernos y todos procuramos engañarnos; donde permanecen y permanecerán muchos hombres por respeto á su historia y á su honradez, mas no por confiar ya en el triunfo de sus ideas con la marcha que se sigue; donde van cundiendo grandes desalientos y hondas tristezas, á la vez que amenguando los bríos y las esperanzas; donde todo es barullo y confusión, en las ideas como en los procedimientos; donde... Pero dispéñeme usted que no prosiga, porque iría muy lejos.

—¿Y no ve usted salvación alguna?—me pregunté.

—Una solamente—me respondí;—que parta de abajo una iniciativa seria, poderosa y fecunda, que rompa pronto los moldes estrechos en que han encerrado al partido sus directores. La iniciativa resultaría desordenada en los primeros instantes, pero ya se encanalaría si había voluntad y empuje... ¿Qué resultaría de ella? Si yo pudiera decirlo desde ahora, no sería tal como la deseo: la reglamentación de las ideas en credos y programas deficientes ó irrealizables ha contribuido mucho á perdernos. Por lo menos, se vería si realmente hay verdadera opinión republicana, ó si nos hemos convertido todos en eco de la particular de tres señores.

Comprendiendo que si no me cortaba el reverso iba á ir muy lejos, me despedí cariñosamente de mí mismo, dándome respetuosamente las gracias por la amabilidad con que me había acogido.

JOSÉ NAKENS

MENUDENCIAS

Los señores Pi y Azcárate han atacado de firme el manifiesto del Sr. Zorrilla, y demostrado que este señor es ya sólo revolucionario en el procedimiento.

Lo cual no es ser revolucionario. Los actos de fuerza, tanto pueden servir para que triunfe la libertad con Riego, como el absolutismo con Fernando VII; la reacción con Narvaez, como el progresismo con Espartero; la democracia en Alcolea, como la restauración en Sagunto.

Para ser revolucionario, no basta con mandar militares á la muerte; es preciso matar todo aquello que signifique privilegio ó injusticia.

EL MOTIN



Lit. E. Fernandez Feijóo 3. Madrid

Los perros del hortelano

Ayuntamiento de Madrid

La palabra gubernamental es el comodín de todos los republicanos chirles, y esa palabra figura en el manifiesto del Sr. Zorrilla.

¿Qué quiere decir con ella? ¿Qué con su programa se puede gobernar al día siguiente del triunfo.

Ya lo creo. ¿Cómo que los fusionistas y hasta los conservadores gobiernan con un programa así igual!

¡Después de cerca de veinte años hablando de revolución, contentarse con un pronunciamiento para alcanzar el poder!

Me llamo á engaño.

Afirma un personaje progresista que la carta-programa del Sr. Zorrilla no contiene reforma alguna que alarme y prevenga en contra de determinadas clases ó intereses.

Pues por eso no es programa; por eso no sirve; por eso no produce efecto.

Querer hacer una revolución y cambiar una forma de gobierno para dejarlo todo como está, es no hacer nada. Y aquí se necesita hacer mucho.

Para suprimir la lista civil (lo he dicho varias veces) no merece la pena de hacer sacrificio alguno. Se necesita algo más grande, más revolucionario.

En el manifiesto del Sr. Zorrilla campea un amplio y sincero espíritu de benevolencia, una irresistible simpatía hacia la clase obrera, dice muy ufano un zorrillista.

Es lo menos que podía campear. Pero como la simpatía y la benevolencia no bastan por sí solas para alcanzar los fines que persigue, la clase obrera se sonreirá desdeñosamente al leer el manifiesto.

Hay personas que son muy simpáticas y por las cuales nunca se hace nada.

Descartemos, pues, lo de la simpatía como ineficaz para atraerse á la clase obrera.

Con la restauración me he librado hasta ahora de ir á presidio por no ser católico. No me atrevería á afirmar que, dado el furioso amor á la Iglesia que se ha despertado en el Sr. Zorrilla, y las virtudes que ha descubierto en el clero alto y bajo, estuviera yo seguro, si él fuera gobierno y alguno de esos impecables señores le pidiera que me persiguiese.

Tendría que ver eso de que bajo el poder de Cánovas y Pidal no hubiese tenido tropiezos de mayor cuantía, y me reventase el Sr. Zorrilla por hacer méritos para ganar su salvación eterna.

¿Si tendré todavía que ejercer de emigrado no voluntario bajo el poder del Sr. Zorrilla?

Triste cosa será, pero posible.

El Sr. Zorrilla ha querido contentar á todos y no ha contentado á ninguno.

Ejército, clero, propietarios, obreros... todos serán felices con su República, sin advertir que lo que es bueno para el bazo es malo para el higado.

¿Cómo va á arreglarlo? Esto es lo que se calla.

Porque si todo va á seguir como está en la cuestión de gastos y no nos dice la receta que tiene para que aumenten los ingresos, no le saldrá la cuenta.

En otros asuntos se puede fantasear, pero los malditos números son inflexibles. No se pagan de frases pomposas ni de afirmaciones vacías.

¿Si resultará que toda la variación va á reducirse á suprimir las cesantías de Cánovas y Sagasta!

Pero ¡tate! que este es un interés legítimo y no puede tocarse tampoco.

En verdad digo que me vuelvo tarumba.

Creo que se acerca el fin de tanta farsa.

Para formarse una idea de cómo está ya la opinión republicana, basta con leer el artículo que bajo el título *Retirarse ó combatir* ha publicado en su último número un querido colega, que se distinguió siempre por su atan conciliador, por su respeto exagerado hacia los jefes, por su benevolencia hacia todos los republicanos: *Las Dominicales del librepensamiento*.

Merece leerse. Yo, al leerlo, he exclamado:

«Cuando *Las Dominicales*, periódico que es todo miel para los republicanos, se ha creído obligado á romper de frente con el directorio de la *Unión Republicana*, ¿cómo estará ya la opinión de cansada, de burlada y de estafada?»

ESCRUPULOS DE CONCIENCIA

En Madrid existe un sacerdote llamado D. Juan Bigas, y con su nombre y no sé si con sus documentos, se presentó otro individuo al párroco de San Sebastián solicitando una plaza de capellán adjunto.

Fué admitido, y el tal, que no era cura, sino un *perdis* sin casa ni hogar, ni puchero caliente, ni panecillo disponible, se dedicó á decir misas y predicar.

No sabía una palabra de latín; pero los devotos incautos que acudíamos á sus misas, ignorantes enton-

ces de la superchería, nos quedábamos tan satisfechos como si celebrara el más eminente *pater*.

Los acólitos que le ayudaban no eran de la misma opinión: como estaban más cerca de él, notaban que atropellaba horrorosamente el texto del misal, que saltaba de los kiries al cánon, que omitía preces y genuflexiones, y no sabía una palabra de liturgia.

A lo mejor lo dejaban solo, vendole al párroco con terribles murmuraciones contra el supuesto Bigas.

—Mire usted que D. Juan se está santiguando con la mano izquierda.

—Mire usted que el señor Bigas se ha metido un purificador en el bolsillo, creyendo que era su pañuelo.

Tantas torpezas cometía el presbítero de afición, tan mal llevaba los hábitos, tan apurado se veía para desempeñar sus funciones, que hubo de escamarse el párroco y lo llamó á la sacristía.

—Señor Bigas—debió decirle;—á mi no me mete usted la viruta; usted tiene tanto de cura como yo de ama de cría. A ver; recíteme usted el ofertorio.

—Hombre, mayormente no le puedo servir á usted; si quiere le cantaré un tango, ó cosa así; porque yo no soy presbítero, ni por asomo. Lo que ocurre es que me moría de hambre, me agencié esos documentos y ¡qué demonio! á vivir del altar. ¿No hubiera sido peor que me dedicase á saltador de caminos?

Quedárase asombrado el párroco de tal cinismo; le recordaría los tremendos castigos que sufrieron en los tiempos bíblicos cuantos usurparon funciones sacerdotales, que á unos los devoró el fuego del cielo y otros cayeron súbitamente muertos al pie del santuario ó del arca de la alianza que profanaban; pero el mozo se quedaba tan fresco.

—Váyase usted—le diría su jefe;—para el crimen que ha cometido no hay castigo posible.

Por si lo había ó no, salió mi hombre corriendo, y la policía le anda buscando á estas horas. Acaso no lo encuentre, y él esté más satisfecho que yo, y libre de los terribles remordimientos que me asaltan.

Al asistir á las misas de ese supuesto sacerdote ¿habré cumplido mis deberes de cristiano? ¿Habré incurrido en pecado mortal por no haber oído misas en debida forma por parte del oficiante? Gracias á que Dios es misericordioso y tendrá en cuenta mi buena intención, que si no...

¡Ah! En lo sucesivo, ya procuraré enterarme antes de oír misa, si el que la dice reúne todos los requisitos indispensables; que no está uno para malgastar el tiempo y la devoción.

Y como me ocurra otro desengaño así, no vuelvo á entrar en una iglesia. ¿No faltaría más sino que, después de tantos años dedicado al negocio de mi salvación, vaya á comprometerla porque á un perdido se le antoje ganarse la vida timando misas en vez de robar relojes!

De los escarmentados nacen los avisados.

LA FIESTA DE SAN ANTÓN

Madrid, 17. Empieza en la calle de Hortaleza singular animación, porque el calendario reza la fiesta de San Antón.

«San Antón! Santo francés que de Francia á España vino con fervoroso interés, y lo que tiene á sus pies San Antón, es un cochino.»

Así dice un cantar viejo, y al cajista le aconsejo que no eche la cosa á broma, y no suprima esa coma que antes señalada dejó.

Influye la coma tanto en ese antiguo cantar, que al quererla eliminar, resulta que al digno santo se le insulta sin pensar.

Basta ya de digresiones molestas en ocasiones, y más que en todas en esta, y describamos la fiesta popular de los Antonos:

Allí varios ciudadanos; la mayor parte gitanos, llevan sus cabalgaduras para que con santas manos se las bendigan los curas.

Y lo hacen casi por nada: un cuartillo de cebada suelen cobrar por rocín, que es dar casi regalada su perorata en latín.

Luego un escolapio lego, generalmente gallego,

muy fornido y campechano, viene á recoger el grano que mete en atroz talego.

Y aquí una duda sombría, que asalta la mente mía, me perturba y anonada: ¿Qué harán con esa cebada esos de la Escuela Pía?

EMPEÑO INUTIL

Leo en *La Correspondencia Militar*:

«En Melilla se han dedicado otra vez las tropas á oír misa para bendecir los fuertes.

Hombre... ¿por qué no ha mandado allí el g bierno un obispo en vez de un capitán general?

Porque está visto que eso era lo que allí hacía falta.

¡Y poquito que les gusta á los militares que les molestan para oír misa!»

Hay empeño en llevar poco á poco al ejército español por el camino de la beatería, creyendo convertirlo así en sostén perpetuo de cosas que deben pasar.

Pero se engañan: el ejército podrá ser más ó menos religioso, pero no será nunca instrumento del clericalismo, como pretenden los de arriba: hay por medio un mar de sangre y un mundo de ideas de progreso levantado por él con la punta de sus bayonetas.

Pierden el tiempo, pues, los que quieren arrojarle por ese camino á la reacción.

Se ha descubierto en Madrid una asociación de ladrones que se dedicaba á imputar á las personas honradas delitos contra la moral.

Se acercaba un hombre femenino á un transeunte, y le pedía lumbre para el cigarro.

Entonces aparecía un inspector con un acólito, con su bastón de mando y todo, y en formas algo duras increpaba al incauto, suponiendo que cometía faltas contra la moral, y le conminaba á seguirle hasta el Gobierno civil, en donde le impondrían como correctivo una multa de quinientas pesetas.

El víctima protestaba al principio, suplicaba después, y, por último, prefía ablandar al supuesto inspector y al agente entregándoles una regular propina, con lo cual recobraba su libertad.

Me alegro de que hayan ingresado en la cárcel esos ladrones, como me alegraría que ingresasen cuantos tomasen la moral por pretexto para realizar reprobadas fechorías ó ocultar vicios infames.

Este hecho prueba una vez más que en nombre de la moral se cometen muchas acciones vituperables, y que no basta fingir que se vela por ella para dejar de ser un ladrón y un miserable, como esos que acaban de ser enchiquerados.

Un mayoral de tranvía, ignora si cuerdo ó chispo, el coche de nuestro obispo, atropello el otro día.

Por suerte pudo el prelado salir de aquel trance bien, y á poco quedó su tren recompuesto y restaurado.

De tan tristes averías librárase Don José si siempre anduviese á pie, cual siempre anduvo el Mesías.

BIBLIOGRAFIA

Cuatro folletos acaba de publicar la *Biblioteca de La Igualdad*: *Constitución, Reformas sociales y Acuerdos de la Asamblea Federal de Zaragoza*, *Proyecto de constitución para el Estado catalán aprobado por el Congreso Regional de Cataluña*, *Doce cuentos de Juan Richepin*, y *Un baile de máscara*, novela corta de Alejandro Dumas.

Precio de cada uno de estos folletos, veinticinco céntimos de peseta para los suscriptores de *La Igualdad*, (Capellanes, 1, Madrid) y cincuenta para los que no lo sean.

Nemrod y Compañía, por Jorge Ohnet. Forma esta obra parte de la serie de interesantes novelas que con el título general de *Las batallas de la vida*, viene publicando tan distinguido y popular autor. La librería de Fe. que ha editado esta excelente versión castellana, lo ha hecho con verdadero lujo tipográfico.

Un tomo en 8.º francés. Precio, 3,50 pesetas. Carrera de San Jerónimo, 2, Madrid.

A luchar y... ¡a luchar! Boquejos políticos, económicos y sociales, por Luis Falcato y Eusebio Freixa. Se combaten en él con energía los principales vicios sociales. Véndese á dos pesetas.

PREIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID	Pesetas.	PROVINCIAS	Pesetas.
Med...	1	Med...	1
Trimestre...	2 50	Tres meses...	2 50
Semestre...	5	Seis...	5
Año...	10	Año...	10
		Extranjero y Ultramar...	8 pesos

CORRESPONSALES

25 números de *El Motin*, 2,50 pesetas.

Administración, Fuencarral, 119, primerero.

Los suscriptores de *El Motin* pueden adquirir las obras que administra con el 50 por 100 de rebaja.

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.